ÉPOCA IV — BARCELONA 5 DE ABRIL DE 1916 — NÚMERO 297

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.ª

Paquetes de 10 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

Su majestad el pueblo

El eterno esclavo, el constantemente vilipendiado y explotado está próximo a gozar espléndidamente de su soberanía.

Ya se lo anuncian en todos los tonos y de todas las maneras. El próximo domingo será indiscutible su soberanía. Y habrá llegado a ella sin necesidad de algaradas, motines ni revoluciones. Será un derecho reconocido por todos, desde el jefe del Estado hasta el más humilde policía. Los que despóticamente le tratan durante todo el año, el día 9 le rendirán pleitesía.

Las autoridades gubernativas y judiciales—al igual que el pueblo lo hace durante todo el año—madrugarán para ponerse al servicio del soberano de un día y no tendrán otra misión que respetar y hacer que se respete su augusta voluntad.

Y no será una soberanía bufa, carnavalesca; será real y efectiva, hasta poder *libremente* nombrar a los que durante el año le han de dominar, remachando, por medio de leyes arbitrarias, la cadena de su esclavitud.

Pero el pueblo no es exigente, al contrario; es bonachón y se considera feliz con la ilusión de que, por lo menos un día, ha mandado, ha sido soberano.

Quien más se distingue en adular al pueblo en estos días es la clase media, que envidiosa del lujo en que vive la aristocracia, aprieta en sus talleres, sin cesar, el torniquete de la explotación, para convertir el sudor y la sangre de sus obreros en soberbios automóviles y exhibir su lujo y poder codearse con aquellos a quienes envidia.

Los cómicos de la política, al igual que los del teatro, ponen en práctica cuantos medios les sugiere su imaginación para conquistar los aplausos del público, en la esperanza de que el próximo domingo se han de convertir los aplausos en votos.

Y la comedia continúa; se repite con igualdad y exactitud cronométrica y ya no sabemos si pensar que los trabajadores que durante 30 años se dejan engañar tan indignamente con el sufragio universal, son cándidos, necios o imbéciles.

Véase lo que apropósito de la soberanía del pueblo dice en su libro «La ignorancia del derecho» Joaquín Costa:

«El liberalismo siente aversión a la llamada soberanía de derecho divino, considerándola atentatoria a la dignidad del hombre; pero no se decide a reemplazarla por la soberanía del pueblo, al menos activa, porque la encuentra destructora de esa uniformidad militar que le seduce, y discurre substituirla por una coparticipación de lo más original que se ha inventado en la historia.

Tú, pueblo, y yo, legislador, ejerceremos, mancomunadamente, la soberanía: teóricamente, ésta residirá en ti, y nada más que en ti; pero a condición de que sea yo, y nada más que yo, quien la ejerza: tú, el día de las elecciones, y yo los trescientos sesenta y cuatro días restantes del año.

Y con efecto; el día de las elecciones se le pone al pueblo manto de púrpura en la espalda, corona de oro en la cabeza. El aspirante a legislador, postrado de hinojos delante de él, proclámale Cesar, *rex mi juris*, lo agasaja y adula, agotando el manual del perfecto cortesano; solicita de él, como un favor, la carga de servirle de balde. Pero cayó la papeleta, como si dijéramos el cetro, en la urna, y se acabó la soberanía: el concejal, el diputado, el senador, el ministro, desciñen al pueblo la corona, echan una losa sobre su voluntad, le mandan como a un recluta, llevándolo al calvario del Municipio y del Congreso, lo crucifican a discursos y a leyes imperativas y le condenan por desobediente y mal criado si se permite tener opinión sobre lo que más le conviene y traducirla en un desuso, o en una costumbre, o en un «se obedece, pero no se cumple». Y esto, no así, como quiera, sino con *inri;* en un país donde el vicio del sistema no es siquiera el que Gladstone denunciaba en Inglaterra, la *gerontocracia,* el gobierno por los viejos, sino al revés, la *pontocracia,* el gobierno por los niños, en que el Parlamento ha degenerado en un lugar de juego, donde los muchachos que no tienen aptitudes o gusto para el estudio o para el trabajo van a divertirse impíamente con el país, convertido en sistema por culpa de hombres que se proponen pasar a la historia con fama de serios, en una especie de candoroso Jesús apartando a los electores de las urnas y diciéndoles con bondad infinita: «¡Dejad que los niños se acerquen a mí!»

De mano maestra nos pinta la farsa electoral el hombre que habiendo sido elegido diputado no quiso denigrarse contribuyendo a la fabricación de las leyes, que son dogales que se ponen al cuello del pueblo productor.

Así, pues, el domingo presenciaremos el mismo acto de la misma comedia y en los mismos escenarios que en años anteriores.

La barbarie europea

Continúa la gigantesca lucha cual si se defendiesen en ella los más sacrosantos derechos. La tierra bañada con sangre de millones de hombres es de una extensión tristísima. No obstante, los que dirigen este gran crimen no están satisfechos del todo respecto a las naciones que pelean, y, en efecto, procuran arrastrar a la guerra las naciones neutrales de Europa, mediante concesiones de islas, coronas y otras promesas falsas.

Millones de brazos armados destruyen las obras realizadas en el transcurso de varios siglos. La muerte es el espectro que continuamente acecha al que tiene empuñado el fusil.

El luchador, en momentos de meditación, quizás se arrepienta de su obra destructora. La enormidad de hechos monstruosos, es prueba evidente para demostrarnos que aun tenemos mucho de salvajes, pero dotados de una refinada crueldad.

En resumen: que los hombres se despedazan como fieras, pero con la diferencia de que aquéllos abren antes la fosa que ha de servirles y las fieras no,

La actual lucha, en que se pelea con esfuerzos titánicos, dará por resultado el casi total aniquilamiento del europeo pueblo masculino, y deja tras su curso, en todos los hogares para muchos años, la omnipatente sombra de la muerte.

***

Pero ¿es posible que se asesinen los hombres cuando la Civilización cundía por los ámbitos del mundo y veíamos la alborada hermosa de un nuevo día, el de la Revolución de la humanidad? Tan posible es, que la Europa tiembla al ruido de sus cañones, siendo una mortandad abrumadora la que produce la guerra.

Pero nosotros, que no estamos afectados de pasiones patrióticas, hagamos un juicio breve y acertado de lo que en sí es la guerra actual para el obrero; mejor dicho, revelemos al obrero lo que la ignorancia le impida saber y vaticinemos un poco las consecuencias de esta guerra.

Los millones de obreros que ayer se dedicaban a la producción de artículos de primeras necesidades y de lujo, que abastecían los mercados, hoy los vemos divididos en huestes enemigas, internados en trincheras para acometerse a muerte, o bien sepultados bajo tierra fabricando municiones; el hombre, que montado en un pájaro artificial, antes atravesaba libremente las fronteras arriesgando su vida por el Progreso, hoy, una vez elevado, ufano por su omnipotencia, arroja metralla sobre seres indefensos; suntuosos edificios que conservaban valiosas joyas, museos, palacios y todo lo que pueda servir de parapeto, caen convertidos en pavesas, y en los suelos que hoy pisotean los ejércitos, donde ayer brotaban las hierbas y pacían tranquilamente los ganados, los vemos áridos y enrojecidos por la sangre que inútilmente se ha derramado.

Esto es lo que produce la Civilización en manos de los gobiernos. Esto es lo premeditado por gobernantes y capitalistas en un intervalo de muchos años: la destrucción.

Con el pretexto de que existe una patria que defender, han llamado a filas a los trabajadores, cuando los gobernantes se han creído lo bastante fuertes para apoderarse de tales o cuales colonias y territorios de otros gobernantes o para hacer prevalecer los productos nacionales—en manos de los capitalistas—en los grandes mercados. Y los obreros, tan mansos, tan cándidos, han obedecido.

Una vida que tienen la dan para consolidar el régimen de sus tiranos, y, sin embargo, están sometidos a sufrir todas las torturas y abyecciones que esa pléyade de capitalistas, religiosos y gobernantes deseen, cuando con un esfuerzo de todos los proletarios bastaría para aplastar la tiranía imperante y sobre sus ruinas establecer el noble ideal que tiende a regenerar la humanidad, esto es, la Anarquía.

Siempre que de aconsejar tratamos, divagamos un poco hacia lo noble, lo sublime. Pero volvamos al objetivo del presente artículo.

Una vez que los trabajadores han tomado las armas para combatir por el bien de sus tiranos, no piensan, no llevan otra idea que la de matar... a sus hermanos. Si les preguntásemos el por qué matan, contestarían un absurdo que estaría muy lejos de la verdad.

Pero no reflexionan, no se fijan. No piensan en que sus madres sobre su regazo les han acariciado y besado muchas veces, y después las abandonan ya viejas, casi en el arroyo, para ir a pelear por unos hombres-caribes que le oprimen; no piensan en que matar es crimen; no se rebelan al enterarse que sus mujeres y pequeñuelos, hambrientos todos, han salido a la calle a pedir pan y les han recibido a sablazos; no ven como se refocilan los burgueses en satisfacción de lo bien que marchan sus negocios.

La borrachera patriótica manifestada por la soldadesca es loca, aterradora, criminal. Y ese efecto, resultante de lo inspirado por los maestros en cerebros infantiles, y lo estúpidos que somos, da ejemplo para que las personas sensatas desprestigien completamente los principios que hasta aquí se ha tenido de la patria.

¡Sanguinarios gobiernos que autorizan tan horrible matanza! ¡Imbéciles nosotros que sancionamos todo lo que ordenan los gobiernos!

En las principales urbes de algunas naciones beligerantes, se han expuesto a la venta muchos objetos robados; por consiguiente en la guerra se autoriza el robo,

Latrocinio, crimen, orfandad y libertinaje es lo que arrastra la guerra en su curso.

Y mientras que en plena noche pelean los furibundos guerreros, los verdaderos culpables de la guerra, lejos de ella, estarán de francachela o durmiendo tranquilamente.

***

Vendrá la paz.

No se oirá el cañón, pero tampoco se oirá el murmullo de conversaciones que antes producían los pacíficos trabajadores al salir de las fábricas. Tras el ruido infernal de los cañones, seguirá el silencio sepulcral de las necrópolis.

Un acto habrá que será celebrado solemnemente por los reyes: el de la paz.

En todos los lugares sollozarán por los seres queridos que han sido víctimas de la guerra; y si el triunfo o el acuerdo entre las naciones trae la paz, inmediatamente la celebrarán. Con este motivo, habrá banquetes, recepciones, donde menudearán los choques de copas, apretones de manos y demás.

El aniquilado pueblo, probablemente edificará un palacio consagrado a la paz, cuando con menos material y trabajo se levanta un cadalso para los que tantos crímenes deben pesar sobre su conciencia.

JOSÉ GIL BIERAD

Benajoán y marzo 1916.

UNA HUELGA FÁCIL Y NECESARIA

es la de los electores.

Porque la revolución comenzará en el momento preciso en que los hombres comprendan que conviene, importa, es necesario renunciar totalmente a la política.

Eso es lo que trataremos de demostrar.

¿Qué es *la política?*

El conjunto del sistema por el cual se determinan los actos mandados, los actos permitidos, los actos prohibidos.

Todo individuo llegado a la edad de razón se encuentra en presencia de una cantidad innumerable de leyes.

Si dice:

—Estas leyes hechas sin mí, contra mí me repugnan.

Se le responde:

—En primer lugar cúmplelas; después, cuando se presente la ocasión, puedes usar de tus derechos de ciudadano para cambiar el orden social.

Si replica:

—No tengo tiempo para eso.

Se le contesta:

—Encarga a los que hacen las leyes que obren conforme a tus ideas y a tu voluntad. En una palabra: Haz política.

Veamos si *hacer política* es un acto razonable o un acto de loco. Veamos en qué consiste.

En los países donde existe el régimen parlamentario, los hombres determinan las leyes—(actos mandados, permitidos, prohibidos)—de la manera siguiente:

—Nombramientos de delegados es decir, *abdicación total de la actividad individual* en manos de los políticos;

—Reunión de los políticos que hacen apreciaciones y establecen textos votando sobre esas apreciaciones;

—Imposición *por la fuerza* del resultado de esos votos.

Este sistema es absurdo. Si realmente hay actos que deben mandarse, permitirse o prohibirse a los hombres, deberían determinarse por la lógica.

Si no los hay, los políticos no son más calificados que los demás hombres para determinarlos.

En efecto: ¿Cómo se determina la verdad? ¿Cómo se determina la ciencia?

¿Se nombran delegados para ello? No. El que descubre la verdad no ha sido delegado por nadie. Hasta puede suceder que carezca de prestigio y ni siquiera tenga diploma de ninguna especie.

¿Se vota? No. El voto no prueba nada en materia científica. Galileo estaba solo cuando afirmó que la tierra rodeaba al sol. Siendo de tal modo minoría, él solo tenía razón contra la mayoría, que era el mundo entero.

¿Se impone la ciencia por la fuerza? No. Se dice únicamente a los hombres: «Hela aquí. He aquí las pruebas». Y todos aceptan lo que reconocen como verdadero y justo.

Desde el punto de vista científico, la razón de los hombres es perfecta. Nadie se rebela contra la ciencia, ni aun los ignorantes, porque saben que se halla comprobada qor los que saben y que pudiera comprobarse por ellos mismos si adquiriesen la capacidad suficiente.

La ley, determinada de una manera absurda, impuesta por la fuerza aun cuando sea absurda y vejatoria, no deja de ser la ley desde el momento que ha sido votada según las reglas absurdas admitidas.

La política tiene sobre todo esto de notable: es un medio poderoso empleado por los privilegiados para adormecer la actividad de los no privilegiados.

Se dice a los hombres: «Meteos el cerebro en el bolsillo, y sacadlo de tarde en tarde para votar, es decir, para *consolidar la autoridad.*

Y mientras que los hombres abdican, la autoridad funciona todos los días, a cada instante, siempre.

¡Y aun nos admiramos de que la revolución no se haga! Si lo extraño es que la revolución se haga con semejante sistema, con un sistema antirevolucionario, con un sistema conservador.

LA REVOLUCIÓN SE HARÁ CUANDO LOS HOMBRES CESEN DE ABDICAR SU ACTIVIDAD.

LA REVOLUCIÓN SE HARÁ CUANDO LOS HOMBRES SE NIEGUEN A DELEGAR SUS PODERES, CUANDO ACABEN DE DARSE AMOS, cuando no permitan que hombres iguales a sí mismos digan: «Me habéis dado el derecho de obrar por vosotros.»

La autoridad caerá el día en que los hombres no quieran ya imponérsela a sí mismos, el día en que rehusen crear categorías de privilegiados, de gobernantes, de opresores.

LA REVOLUCIÓN COMENZARÁ EN EL MOMENTO PRECISO EN QUE LOS HOMBRES DEJEN DE HACER POLITICA.

Todo el que abandona la política comienza la revolución eficaz, la revolución próxima, porque recobra su actividad hasta entonces abdicada.

La huelga de los electores es el preludio neeesario de la transformación social.

PARAF JAVAL

Los anarquistas

Por su misma definición el anarquista es el hombre libre, el que no admite amo. Las ideas que él profesa son hijas de su razonamiento; su voluntad, nacida de la comprensión de las cosas, se concentra hacia un fin claramente definido; sus actos son la realización directa individual de su pensamiento; él solo es un hombre; él solo tiene conciencia de su valer en frente de todas las cosas débiles y sin consistencia que no osan vivir de su propia vida.

Pero este anarquista que se ha desembarazado moralmente de la dominación ajena, y que no se acostumbra jamás a ninguna de las opresiones materiales que los usurpadores hacen pesar sobre él, no será dueño de sí hasta que esté emancipado de las exigencias patronales.

Libre de los otros hombres, debe estarlo igualmente de sí mismo, para ver con claridad donde se encuentra la verdad buscada, para dirigirse a ella y proclamarla en todos los tiempos y en el orbe conocido con la clarividencia que la verdad requiere.

Si el anarquista llega a conocerse, con esto mismo conocerá su medio, hombres y cosas. La observación y la experiencia le habrán demostrado que toda su firme comprensión de la vida, está en relación directa con las leyes naturales, de su individualismo anárquico en contraposición a las miserias e injusticias históricas sociales.

Los anarquistas son los primeros dispuestos a resolver los problemas sociales en beneficio de todos, pero para resolverlos sólo hay un medio; destruir revolucionariamente el gobierno. expropiar revolucionariamente a los detentadores de la ri-